

Las Hurdes. Final del camino

Viaje del autor por tan olvidadas tierras cacerneas, donde descubre la psicología de sus gentes y la marginalidad de su situación sociológica. Pero no se trata de un estudio sistemático, sino de un sugerente cuadro impresionista, compuesto por brochazos de entrevistas, retazos de paisaje y coplas de la tierra.

Manuel Garrido Palacios *

EL que va a Las Hurdes lo hace desde La Alberca, a través del Valle de Batuecas, o baja por Ciudad Rodrigo, o sube desde Montehermoso, a pie de Plasencia. La primera vez (1972), pasa por Béjar para recabar datos en el Ayuntamiento, tras cuyo mostrador hay una dama que le advierte que «para entrar en Las Hurdes ha de pedir un permiso especial», indagando del que va a Las Hurdes «a qué va a Las Hurdes, si en esas tierras no hay nada». Naturalmente, el que va sigue camino con más ganas y sin cumplir el trámite imprescindible del permiso. Ya en La Alberca, Manuel Hernández y Pepe Pena lo ponen al corriente de las circunstancias que hallará en su ruta a partir del Alto del

* Director de cine documental etnográfico.

Portillo, por entonces, poco más que una vereda tortuosa. Y se alegran de que se vaya a Las Hurdes porque «las noticias sobre ellas suelen darse desdibujadas, a mala tinta, con borrones, tantas veces sacadas de referencias sin haber pisado su suelo». Más tarde (1973, 74, 75, 81, 83), Dioni, médico de Salamanca, aporta al que va nombres y direcciones, y Manuel González (1986, 87), hombre querido en la comarca hurdana, lo acompaña en un itinerario largo, sereno. Las Hurdes parecen —o son— el final de un camino, el principio de otro. González habla de ellas apasionadamente y desde La Pesga regresa con frecuencia a los predios donde sembró afecto, pues por donde pasa es de ver cómo la gente se acerca a preguntarle, a pedirle tal o cual gestión. El que va piensa que Las Hurdes son el límite del bosque, la linde de lo sorprendente, de lo desconocido, de lo jamás impreso en las pomposas guías, de lo pocas veces dicho con la emoción que le es debida. Si accede por Las Batuecas, mientras refresca sus pies en la corriente que bulle a las puertas del cenobio, ve al fondo la oscura sierra de Gata y en medio, Las Hurdes. Simplemente Las Hurdes. Las primeras notas las toma en Ladrillar sobre su gaitero, Leopoldo, que agota su leve repertorio en la taberna con una sensibilidad exquisita. Conoce en Asegur —Segur, hacha—, a Ricardo, que hace la gaita, milagro sonoro de nogal, fresno y madroño que vende por entonces a cinco duros. En Cabezo y Las Matas a Agustín y a Ramón, gaitero y tamborilero, que tocan Ramo, Danza, Jota y Córdón. Va a Riomalo de Arriba, Rubia-co, Horcajada, Batuequilla, Carabusino, Cerezal y llega al latido del corazón hurdano: El Gasco, Fragosa y La Huetre. No va con su viejo dos caballos, sino andando. Le pillla la noche de vuelta y se achaparra como Dios le da a entender hasta el alba. Trae fresca, entre tantas, la visión del Chorro Alto, el bello paraje, obra maravillosa de la naturaleza con una cascada de ochenta metros que cae de la cumbre a la garganta, agua que corre hacia el río para regar —salpicar— los diminutos huertos de las orillas, espacios sagrados donde se siembra esperanza de sobrevivir, en cuyas terrazas lucen solitarios cerezos, dos olivos, tres tomateras, seis lechugas. Pequeños bancales formados con tierra quitada a pico de la montaña, traída en sacos, mimada. La cuarentena larga de aldeas y alquerías se agrupan en torno a los municipios de Casares, Nuñomoral, Ladrillar, Pinofranqueado y Caminomorisco, con unos 9.300 habitantes. El que va a Las Hurdes —Jurdes: cascabelean en su mente Las Eras y Aceitunilla—, va a escuchar más que a hablar, a entender a tanta palabra contenida en ese ramo de pueblos, a conocerlos de viva voz, a saberlos. Pueblos en los

que se funden —y confunden— claramente alma y cuerpo. Las Hurdes están siempre allí detrás, detrás de todo, en ese detrás al que nunca se llega: detrás del escaparate de los magnos eventos, detrás de los estantes de la farsa, detrás del mostrador de las vanidades. Las Hurdes están en la trastienda. Eso parecen Las Hurdes: la trastienda a la que el público no entra si no es para hacer retratos pintorescos. Mucha montaña por medio, mucho azul, mucha nube, mucho foso. Mal tratadas cuando se han hecho reportajes sobre ellas, la película de Buñuel la ven los hurdanos «fatal porque sólo se ha sacado lo malo, como si se fuera a una casa a ver lo peor para ganar fama por ello; y aquí hay bueno y malo, como en todos sitios». También se podría decir algo sobre la laboriosidad de sus gentes, el cariño en el trato hacia los que van, su generosidad, la forma que tienen de salir adelante o el titánico laboreo de la tierra que, de tan duro, se convierte en razón por la que los hurdanos la aman tanto, no en balde llevan marcas en sus manos, en sus brazos, en el alma, de haberla conquistado a palmos. Hijos de la tierra como nadie pueda ser, los frutos que consiguen son a base de sacrificio, amontonando piedras en majanos, echando miga de labor traída en burro desde ni se sabe qué lejanía, regada con sudor o con lágrimas si la lluvia violenta se la lleva, que, como Sísifo la piedra, han de subirla de nuevo. Sumemos los incendios, que dejan el camino libre a la que reste para que baje al río a perderse por falta de contención. González cree que Las Hurdes «tendrían que ser más conocidas para ser más amadas, dentro de su miseria y de su fortaleza, que las tienen, como la más grande urbe». Es comarca que siempre la pasó la historia por lo alto o por lo bajo, que jamás fue siguiente de cola alguna en los grandes repartos, sino referencia última, eternamente última. El que va no lleva plan preconcebido y hasta deja que el reloj se pare. Llega a Caminomorisco y Felicidad le cuenta que no hace mucho se celebró una boda al estilo tradicional, con los cantos de novios y padrinos en las puertas, y que la manera de curar en Las Hurdes ha tenido su aquél. Si antes había un médico para varios pueblos, el curandero gozaba de importancia. En cosa de huesos, rotura de brazos y de piernas, en toda la comarca se ha recurrido al curandero. Por la parte de Vegas curaba María, persona querida. Gente aliviada por ella dice que «incluso venían de otros sitios a curarse las malaursas». Se habla de curanderos de Las Hurdes, pero se puede hablar de curanderos de Galicia, Euskadi, Cataluña, Andalucía, que no es asunto exclusivo de ningún sitio, sino común al ser humano, sea de donde sea, que, en su afán de curarse, va al fin del mundo. María enseñó al

hijo Julián, que acaba de recibir a un pastor con una mano rota. El que va se queda a ver cómo lo cura y cree que Julián le dice al pastor lo que hubiera dicho su madre, porque, quizás en honor a su memoria, habla en plural:

—Tienes la mano rotita por la misma caña y vamos a ver si te la curamos. ¿Cómo vienes hoy si está lloviendo? No te quejes ni te preocupes, que va a ser muy poquito. Tienes la cañita hecha polvo, astillas. ¡Madre! Te la vamos a dejar muy bien curada, colocados los huesos como los tenías antes. Te iremos cogiendo los tendones de las muñecas y no digas, ¡ay!, dedo por dedo y verás que bien quedas. Vas a sufrir algo de dolor, pero dentro de un cuarto de hora estarás bien. Aguanta.

Julián bate claras de huevo en un plato. Le coge el brazo al pastor, le da un estirón y le pone los huesos en su sitio con un crujido que hace temblar el establo en el que estamos. El pastor se queja: «¡Ay! ¡Ay!», y Julián, impasible, continúa:

—Se le quita la cascarilla al huevo, se le saca la clara y se hace una masa de líquido como cremita para que te agarre la muñeca y quede oprimida. Así te sana rápidamente.

Ante la protesta de dolor del otro, le aclara:

—Se está haciendo como hay que hacerlo porque tú de esto no sabes. Ten la mano derecha y no dejes que se tuerza. ¿Dónde te partiste la mano? ¿Ha sido de un burro, un caballo?

—Una caída.

—¿De un árbol, de un huerto, de una pared?

—De bruces.

—¿Fue en la puerta de la calle?

—En el camino.

—Qué mala suerte, no te preocupes, que te lo vamos a dejar a base de bien. Vas a sufrir unos dolores que te van a molestar un poco, pero luego vas a dormir tranquilo. Te acuestas y descansas. ¿Te duele?

—Me duele.

Le pone la venda impregnada.

—Muy frío está eso —protesta el otro.

—Pero enseguida entrará en calor. No arrugues la mano, tenla en vilo. Apóyala en la rodilla mía. ¿Te duele ya?

—Va calmando.

—No dobles el codo y llévalo colgado al cuello con un cabestrillo. Dentro de ocho días no notarás nada y me darás las gracias.

—Ya veremos a ver.

Julián sabe curar porque su madre y su abuelo sabían curar.

—Mi madre era curandera. Aprendió de mis abuelos y mis abuelos de los suyos, aunque esto ni se aprende ni se hereda, es una gracia que le viene a uno. Vi a mi madre curar piernas, rodillas, lomos, costillas, brazos, hombreras, huesos. No enfermedades internas. Cuestión de todo lo que fuera rotura. Mi madre trabajaba en el campo y si los que estaban con ella sufrían una caída o una patada de una bestia los curaba. Ella buscaba los encajes de los huesos hasta que daba con la rotura y con sal, harina, pez, esencia de pino y clara de huevo hacía un emplasto, empapaba una venda de algodón y se la ponía bien firme para que no se moviera y soldara. Si veía hinchazón cortaba las vendas por las orillas y evitaba el daño. A los quince días, un mes o dos meses, depende, según la rotura, quedaba como antes. Usaba aceite para las llagas y a los quince días todo estaba resuelto. Curar en Las Hurdes era trabajoso, fueran «enginas» —bocio, hipertrofia del tiroides, de lo que el doctor Marañón escribió bastante—. El huevo se usaba para otros remedios: se abría entero sobre el cuerpo del niño que tuviera un dolor y donde se parara la yema allí estaba el mal, o de saber dónde, se le estallaba en el sitio, fuera la cabeza o la espalda. Una nube en un ojo se iba con una esquirla de pino puesta en la oreja contraria, como un lápiz. La amargura del marrubio siempre fue buena para quitar calenturas, o dando un frote con mejunje de retama y olivo, o tomar altramuces nones en ayunas, mejor si eran amargos. Se usaba la raíz de ortiga para que sanara la sangre. Dicen que chupa la mala. En La Fragosa se cura una erupción de la piel con rezos. Ahora hay quien va a ver al Niño de Talavera, que cura por la gracia de Dios. Hablan de los amuletos contra los seres invisibles, como la piedra de la leche, que en la vecina Alberca se usa cuando a las parturientas se les entrilla el pecho, y de la piedra negra para curar fiebres, para lo que también sirven ornamentos sagrados de iglesia. El empacho se quita si se come la misma comida. La sangre de un lagarto despellejado vivo se unta en las hernias. Una señora abre un libro de Víctor Chamorro titulado «Las Hurdes: tierra sin tierra», en el que el autor recoge rezos para curar algunos males, oraciones que la señora lee en voz alta:

El mal de ojo

lo jizo cuatro ojos.

La Santa Isabel y su madre también.

El que echó el mal de ojo

se lo quitará otra vez.
En el nombre del Padre y del Hijo
y del Espíritu Santo, amén.

Esta otra —sigue— es para curar el sarpullido que sale al sentarse por donde pasó un animal. Si es hombre, ha de llevar una prenda de una María. Si es mujer, la camisa de un Juan, con las que se santiguarán al final del rito después de haberlas pasado por lo malo:

Si es de lobo usa almonte,
si es de zorra usa almonte,
si es de lagartija usa a la rendija,
si es de santo agosto usa al rostro,
si es de salamantica usa a la fuente,
si es de sapo usa alburaco,
si es de culebrón usa al buracón,
si es de gallina usa al pollero.
En el nombre del Padre, del Hijo
y del Espíritu Santo, amén.

Domingo atiende callado a lo que Julián y la señora dicen, y en una pausa saca a oreo lo propio:

—Yo curo las bolsas de la garganta que se caen para abajo, las «enginas». Las levanto y hay que saberlas levantar. Se tira de la oreja cinco, siete o nueve veces, nunca pares, según tengan las raíces. Y curo también cuestión de huesos y un mal resfrío, para el que hay que fregar con ruda, ajo y aceite el pecho, las piernas, el pescuezo y los brazos, y estirar los dedos con fuerza. Aquí vienen a que yo los cure, pero ahora me he «desganao» porque soy viejo. Estuvo un médico, icago en la!, y sacó mi palabra en radiocase porque quería saber de las curanzas antiguas. Le dije: «Yo de calenturas no entiendo, ahora, de cuestión de lo mío, usted tampoco». Me refiero lo de estirar las «enginas» que caen y no dejan pasar ni la saliva y se ahoga el enfermo.

El médico me respondió que él se fijaba en los curanderos para orientarse hacia lo viejo y yo le enseñé lo que pude. Endemás, yo curé una vez a uno que el médico le iba a dar el volante para que se fuera a la capital. No tragaba ni leche ni agua, y a las tres veces que le estiré las «enginas» se comió un plato de comida y se salvó. Después le pedí que no me descubriera por si el médico se ponía farruco. Pero el médico al verlo curado fue el que me descubrió. Le dije: «Mire, usted entenderá de calenturas,

pero de esto, no; si no le cojo yo las «enginas» se hubiera muerto, ya no tragaba. Y yo sólo usé los dedos, sin hablar.

El que va a Las Hurdes nunca va solo aunque ninguna persona lleve al lado. Lleva un panal de palabras zumbando en sus oídos y su pensamiento enredado en saber el cómo y el porqué de cada cosa que ve, escucha, siente.

En Martilandrán topa a Moisés, un anciano entrañable que vive en una de las zonas más pobres de Las Hurdes. Moisés sabe cosas que el paso de los años se ha encargado de limar en su memoria, como sus facultades físicas, y que al liberar le salen como cantos rodados, sin filo ni arista por donde atarlas al entendimiento. Pero la tarde es eterna, la silla de anea cruje, se mueven las ramas del cerezo y él las repite a sabiendas de que el que va es torpe y necesita tiempo para enterarse:

—En el monte hay muchas hierbas medicinales, como la del ciervo, que cura ampollas gordas, diviesos que salen en la carne. La leyenda del Pico Castillo es que antes, antiguamente, en vida de mis bisabuelos, había una morita de Africa que estaba encantada por el demonio. Y todos los días de San Juan salía a poner una tienda de telas y de tijeras. Un hombre se llegó a comprarle algo y ella le salió al paso: «¿Qué le gusta de lo que ve?». «Las tijeras», dijo el otro. Y saltó la morita: «¡Ay, ay, ay me mancaste!». Sepa que las tijeras son cosa mágica, pues se clavan en el asa de un cedazo, se sostienen por con dos dedos de personas distintas, se deja que el cesto dé vueltas y al pararse señala donde están los sabios que saben la sabiduría. Hay quien dice que la mora era una cristiana a la que un rey moro quiso llevar agua. La sabia que descubre las tijeras tiene «gracia» y es la que habla antes de nacer. Por si no lo sabe, un sabio o una sabia hablan ya en el vientre de la madre.

El que va deja a Moisés, duerme y busca a Eusebio en El Gasco —si no se ve a Eusebio es como si no se viera El Gasco—, y lo halla construyendo cazos, platos, pipas de madera:

—Esta fue la fábrica más última que hubo —se refiere a su trabajo—; viene de cuando nació Jesucristo, tiene años más remotos que Jesucristo. Yo sé bastante de esta zona, pero de fuera de ella, nada. Hago pipas, que son invento de pastores. Como las hice de niño las hago de viejo. Son de madera muy dura. Tengo que arrancar el brezo de la cepa y lo traigo en trozos, lo pongo a cocer y lo labro. También sirve la meraneta del membrillo.

Cuando Eusebio, al que llaman el «pastor bíblico», viene de noche desde Fragosa se le cruzan zorros, que parecen duendes, o duendes, que parecen zorros, cuyos testículos —los del zorro— metidos en una taleguilla, se consideran preciado amuleto. Nombra al Libro de los Cordeles, que indica lindes y torrentes.

—La pipa queda para quien la quiera llevar. Les hago unos dibujos que aprendí de chico. La cazoleta es de brezo y la caña de nogal. Los agujeros son para que no se abra. Y todo lo saco de mi inteligencia, como la carrera del galgo. Cuando las mujeres bajaban a lavar cantaban cantares como éste:

En el río Alagón
hay una niña lavando,
ella lo lava y lo riega
y lo tiende en el naranjo.
Y bajaba un pastorcillo
a dar agua a su ganado,
mientras su ganado bebe
de amores están tratando.
—Tengo un rebaño de ovejas,
niña, para tu regalo,
tengo una yunta de bueyes
ve los allí, están labrando.
Y el pobre del pastor que hablaba
ni cuenta se dio contando
que el padre de aquella niña
todo lo estaba escuchando.
—Esa niña no es pa ti,
que está criá con regalo.
El pobre del pastorcillo
quedó muy avergonzado,
pero más se quedó ella
delante su enamorado.
Y el río Alagón llevaba
palabras barranco abajo.

—Este es un romance que corría por Las Hurdes cuando no andaba Dios por el mundo. Ahora ya empezó a andar por aquí. Y desde que Dios anda por aquí esto ha cambiado mucho, en el habla, en el vestir, en la

manera de trabajar. En todo. Antes, casi medio millar de cabras pastaban por estas tierras y los pastores bajaban poco al pueblo, más bien las mantenían en corrales del monte, digamos los del Canalizo, por decir. Vinieron las escuelas, llegó la cultura y lo remoto se hizo más remoto. Como cuando pasaron por aquí y dijeron: «Tiempo hay de hacer esto bueno», lo dejaron así y no se habían acordado. Yo no me gano la vida con las pipas, que no dan ni para el pan. Hago dos al día, vendo ocho al mes, así que ya puede uno echar guindas al pavo. Ocho pipas valen unas veinticuatro veintenetas, que son dos mil cuatrocientas pesetas. Si se venden, si no, pongo un mes por otro. Estoy jubilado. La sepultura de la Mora está deslindando Casares y El Gasco. Era una mora que murió allí y allí la enterraron. Era en tiempos de los moros y ella tuvo un hijo y la ayudó en el parto una vieja de por aquí; así que la mora le dio como premio un montón de astillas de oro. Claro, la vieja pensó que eran de madera y las tiró, pero se le quedó enganchada una en el delantal. Y cuando en el pueblo vieron el oro le dijeron que había sido tonta, que fuera a pedirle más. Pero la mora le negó, y las otras mujeres fueron a verla como quien no quiere la cosa. Una entró a darle el pecho al niño, con lo que la mora la premió con otro golpe de astillas de oro. Pero ya ésta sabía que era oro y se fue a una ciudad a cambiarlo por monedas, que repartió entre su familia. Dicen los que saben de esto que los ricos de Asegur vienen de esa mujer. ¿Quién sabe? La cosa es que los moros se fueron, de la mora y el hijo nadie supo más y la cueva por allí arriba anda, hecha una ruina, como yo. Son leyendas antiguas, como lo que estaba escrito en los canchales del sur, que lo han estropeado, pues cuasi no se ve. Sólo lo ven esos que tienen mucha vista y unos aparatos. El dibujo era de Viriato, este portugués tan guerrero que luchó contra los romanos. Y los dibujos decían: «No pasarán a Castilla», pero en otra lengua, no sé si latín. Ya lo han destrozado todo. Se estropean los pueblos y la propia naturaleza. Se dice: «Esto aquí ya no vale, que venga lo moderno». Lo mismo pasa con los bailes, con las músicas. Todo es un «yau yau» y no se aprecia nada. Bueno, cada pipa sale por unas 300 pesetas y si el mercado va malo, 200. El mercado no es más mercado que el que viene de fuera y quiere llevar un recuerdo de Las Hurdes, porque los de aquí no fuman en cachimba, ya ni las colillas tiran, que los cigarros vienen con boquilla. También hacía pipas de lava de volcán, pero no las hago porque soy alérgico. Ahora las hace mi cuñado. Antes éramos bromistas y se veía una madre con su hijo y se decía: «Mira el hijo que tengo qué guapo es», como si fuera de uno y

no lo era. Hace ya más de medio siglo escribí yo una carta a la primera novia que tuve y se la dicté a uno y yo la guardé en mi memoria. Como no sabía dónde estaba, puse: «Mi siempre inolvidable Dorotea, empuño la pluma y el palitroque para meterte y zamparte estas cuatro letruchas mal escritas, pa que veas que aunque me hallo retirao de ti, te tengo voluntad y apego, deseando ir a casa y darte un beso en el hocico y echarte la pata por cima lo antes que tenga lugar y tiempo. Sabrás que estoy aquí desde el mismo momento en que llegué, que aunque tenía cuerpo y talla pa infantería me han echao a caballería por influencia de un corneta y un ranchero que eran muy amigos del abuelo y del tata-buelo del padre y de un hijo que tocaba la flauta con la boca cuando estaban los romanos en la capital de España. Y sabrás que aquí lo estoy pasando muy mal, todos los días de instrucción diciendo un, dos, tres. El sargento me dice que soy un borrico, el capitán que soy un hipopótamo y yo que lo comprendo, esto parece un circo de fieras. También te digo que el otro día fui a darme un paseo por la capital, como estoy poco enseñao a andar por ella, pegué un tropezón con el cachondo del pie izquierdo y me escaché un dedo y me tuvieron que llevar a caballo de las costillas de otro quinto al veterinario, y si tú supieras lo que me hizo el maldito, que me echó una indición de cáustico y otra de caldo gazpacho, que gracias a Dios no me he muerto, si no, ya me habían comío los gusanos hasta el mismo sopico. Y nada más. Muchos recuerdos míos y si te ha sanao el grano que tenías en pie del ombligo y la pezuña de la vaca de la tía Ruperta. Recibe dos o tres docenas de coces y puñetazos en mitad de tu mollera, que te remite tu amante, el soldao Bartolomé Comadreja. Mis señas son éstas: toa la vía alante, segunda percha pegando al cuarto de los sargentos. También me se había olvidado; si estás con el tío Churumbo, que fue capitán de los soldaos, a ver si me pudiera dar permiso trimestral por un año; y nada más». Se la escribí y no volvió a contestarme; aquella novia no quiso ver más de mí».

El que va apunta lo que le dicta Eusebio y se ve y se desea para no perder puntada. El lo nota y no le deja respiro:

—¿Sabe lo del militar al que quiso librar la novia? Ese tuvo más suerte que yo. Escuche:

En la provincia de Cáceres
en la ventilla de Loro,
vivía una moza sirviendo
para librar a su novio.

Ella que tenía una yegua
con su potro colorado,
los puso a los dos en venta
para librar al soldado.
Y hasta un día le mandó
dos o tres mil en fianza
a ver si podía venir
a pasar la Semana Santa.
El novio le escribió una carta
en la que le mandó a decir:
—Mira, si ya tienes novio,
no lo abandones por mí,
que ando queriendo a una mora
que tiene los ojos negros
y tú los tienes azules
y azules yo no los quiero.
Ella se subió a los montes
para ver si lo divisaba
y allá que lo vio venir
con su novia la africana.
De noche cayó en la cama
y al día siguiente murió,
y por la tarde fue el novio
y el pueblo se lo contó.
—¡Ay, muchacha de mi vida!
¡Niña de mi corazón!,
que yo no te hablaba en veras,
sino por ver tu intención.
En el sepulcro de ella
ha nacido un pensamiento
con un letrero que dice:
«Ha muerto del sentimiento».

—Pero no todo era así. Se tenían muchos chiquillos en las casas porque había mucha mortandad y era bueno que sobrevivieran varios para que ayudaran. Tampoco existían los aparatos que hay ahora para no tenerlos. Se cuentan niños por once, por quince, por diecisiete en las familias. Hay muchas copias que hablan de lo uno y de lo otro:

No recuerdas, Nicanora,
cuando abajito del puente
me decías suspirando:
Tápame que viene gente.
Allá abajito del puente
veo una morena
que espera al marido
de la verbena
borracho perdido.

González que ha vivido Las Hurdes durante 29 años seguidos, advierte la cantidad «de nonagenarios que existen, como el Portugués, que pasó un día la frontera para aserrar troncos y se quedó. O el tío Picho, que es la figura más legendaria que existe aquí, el patriarca; hombre venerable que fue precursor de la industria en Las Hurdes cuando nadie tenía intención de hacer nada hace muchos años. El trajo obreros, pinos, panaderías. Un hombre cabal. Le veneran en Las Mestas y en todas Las Hurdes. Es una institución.

—Yo no cumplo años —dice Anastasio, el tío Picho—; siempre anduve de aquí p'allá corriendo y perdiendo el estómago, que nunca me moría, y ha llegado la hora en que tenemos que morir. He cumplido o vivido 500 años. Aquí había maestro y médico que me veían correr día y noche para mantener tantos hijos, de diecisiete nacidos me viven once, y calcularon que había dado la vuelta al mundo tres veces y que había vivido más que si me hubieran echado 500 años de trabajo. Hace 100 años Las Hurdes eran muy malas, Anastasio. Nací en plenas Hurdes, donde el río; los caminos eran veredas de pueblo a pueblo. No fui a la escuela. Cuando vino el rey Alfonso XIII a caballo, a principio de siglo, con el doctor Maraón, todo eran alquerías. Vino con catorce guardias civiles de escolta. Yo estuve hablando con él. Me trajo un cura que venía a decir misa a Riomalo de Abajo y yo lo ayudaba. Me enseñó latín porque yo tenía memoria y hablaba con él en latín; así que me dijo el rey en la casa parroquial: «¿Qué vecinos tiene ese pueblo?». Le dije que cuatrocientas almas. «Pues le vas a dejar cinco pesetas a cada uno», le dijo al ministro de Hacienda que traía y que le diera al cura el dinero; pero el cura dijo que me lo dieran a mí para repartirlo y lo repartí. Yo me quedé sin padre de siete años, sin madre a los dieciséis y tenía veinticuatro y no había tenido novia; si los padres tenían una hija y una casa y un huerto, querían que el

novio tuviera dos casas y dos huertos, y yo no tenía más que la noche y el día. Nunca me había arrimado a ninguna mujer de este mundo. Se cantaban coplas que me daban pena. Era como si me las cantasen a mí:

Si tus padres no me quieren,
quiéreme tú, cielo mío,
que pronto te enseñaría
los caminitos del río.
No lo querrá Dios del cielo,
ni la Virgen del Pilar,
que tu ropita y la mía
vayan juntas a lavar.

—Vino la dictadura de Primo de Rivera y yo iba a trabajar con setenta y cinco céntimos al día; un rico pobre que tenía muchas fincas me llevaba a reventarme y claro, empecé a matar chivos y a vender carne por ahí con unas alforjas al hombro. Total, las madres, viendo que yo ganaba para comer me dejaron buscar novia. Y empecé a matar cerdos para otros y salí con un mulo por los pueblos hurdanos; llevaba tocino y me daban los jamones a precio de tocino; las mujeres querían mejor tocino por mor de la grasa y los jamones me los traía y llevaba y de las ventas me pude casar. De novio, ella quería que estuviera siempre en casa, y como no podía ser porque tenía que salir para mi trajín, venían los líos. Si no estaba en casa, la novia quería saber dónde andaba y yo le decía:

Por esas sendas andando
mis caminos atravieso
sobre mi mulo cantando.
—¿Y qué cantabas moreno?,
dímelo por tu salud.
—¿Y no lo chanelas tú?
—Quiero que tú me lo digas.
—Yo te lo diré, salada,
cantaba, aunque el mundo pene,
por una chica que me tiene
toita el alma achicharrada;
cantaba por entre los cuervos,
por eso cuando amanece,
el mismo sol tiene celos.
Yo cantaba y escuchaba,

y aunque por allí nadie había,
una voz me repetía
lo mismo que yo cantaba.
Busqué, te busqué
y a nadie encontré.
Solté el mulo y mi voz,
me paré y otra vez canté,
y me respondió una voz.
Y ésta es la verdad, mi cielo,
como tú no me escuchabas,
yo con mucho gusto cantaba
a los angelitos del cielo.

—Ese romance se lo decía a la novia. Once hijos nos viven. La vida ha sido muy dura. Con la guerra civil venían y se llevaban lo que teníamos en casa, cuatro patatas, los de siempre, pues no las pagaban. Y si tenía usted diez chivos, igual. Y había que salir de noche con el mulo en busca de una carguita pa darle de comer a los hijos. Una vida esclava. Luego me eché a colmenas y vendía miel y arrope con cachos de calabazas metidos en pellejas. Era lo mismo si me daban perras a cambio o comida. La cosa era seguir. Cuando tenía la novia, frente de Riomalo está Rebollosa y pasé el río. Había estado haciendo carbón de brezo y pasé sudando. Cogí un reuma y estuve un año muy mal. No podía tenerme. Después que me casé quedé reumático, pero me eché a colmenas y como solito tenía que hacerlo todo pues me picaban mucho y con las abejas, a peso de picarme centenares se me curó del todo. Luego empecé a buscar dinero. Uno me dio quinientas pesetas a un diez por ciento y a un doce. En aquellos tiempos compraba contornos de ramas de olivo en tierras baldías, así que buscaba obreros y metía estacas de olivo. De ciento, noventa y nueve eran seguras. Y eso era de día. De noche, a mudar colmenas. Una vida mala. Y al llegar a los cuarenta años de tiempo me llevaron al hospital de la Trinidad de Salamanca porque me dolía el estómago. Iban a sajar me, pero me escapé y me vine a Casar de Palomeras al curandero que curaba con agua. Vine andando más muerto que vivo, que hay treinta y seis kilómetros. Me dio una botella de agua y le dije que me iban a rajar el estómago porque tenía úlcera. Y él me dijo: «Yo se las curo a usted con dos botellas de agua». Y me las curó. De los cuarenta a los sesenta estuve trabajando mejor, pero de los sesenta a los ochenta, había un doctor aquí,

que había sido ministro de Instrucción Pública en la primera República, el doctor Villalobos, que tenía buenos aparatos y me conocía porque vino a hacer escuelas a Rebollosa. Me dijo que tenía una úlcera cancerosa y que iba a durar pocos días. Así que me vine a casa y fui otra vez al curandero, que aún vive y volvió a curarme. ¡Dios del cielo! ¿Sabe usted la vida que he tenido, que he estado a los pies de la sepultura y no me he muerto y he podido criar tanto hijos y buenos mozos? Lo que me queda es poco, ya estoy de un día a otro.

El que va a Las Hurdes tiene que tomar respiro y colocar tanto corazón en su sitio.

Alejandrino, en Nuñomoral, sabe de Moisés, del tío Picho, de Eusebio, de la mora encantada y del médico Albiñana, al que mataron: «amante de la verdad». Alejandrino es un hombre sabio: su «alegría es la respuesta a tanto desatino». Lleva Las Hurdes en la sangre; adora cuanto beneficia a la tierra, a la que ama. Lo sabe todo, pero de entrada, calla de brujas. Gesteo negativamente, aunque pronto cuenta que Santa Comba fue bruja y que una vez encontró al Señor:

—Comba, ¿a dónde vas?

—A usar de mi oficio.

Jesús le dijo:

—Enmeigar, enmeigarás,
pero no meu reino
no entrarás.

—Ella dejó lo de bruja y se metió a santa —señala—, que siempre es mejor. Hace treinta años —se suelta—, iba yo a buscar vino a la sierra con mulos y a un kilómetro y setecientos metros de aquí aproximadamente, me bajé del mulo y al entrar a la arboleda vi a un hombre con un corcho bajo el brazo aporreándolo con un palo. Escuché cantar y tocar, miré y había cuatro mujeres bailando alrededor de la lumbré y el hombre en medio de ellas con el corcho. Digo icono, que cosa más rara me se hace!; eso yo tengo que asesorarme a ver qué es, porque la gente hablaba del miedo, de duendes que salían y de brujas y de muertos y a mí me ha gustado siempre de saberlo todo. Y les canté:

Pámpano verde,
racimo almollar,
quien ha visto a estas horas
mocitas bailar.

—Y me contesta una:

Si como has dicho mozas
dices viejas,
esta noche, verrenque,
pobre de la tu pelleja.

—Quería decir que no lo iba a contar y me di la vuelta, pasé el río, monté en mi mula y ahí quedó todo. Era bailar al zángano dando vueltas de abeja a la colmena de corcho. Yo dije: «Estas brujas, ¿qué hacen aquí a las dos de la mañana?». Alejandrino lo cuenta en su casa, al calor de la lumbre a media voz. Y la esposa le reprime suavemente:

—Esas cosas no se pueden sacar.

—Ya sí, mujer.

—En viernes no se puede hablar de ellas. Se enteran.

—Es decir lo que pasó y nada más.

Saca una botella y dos vasos. Tras un tiempo de silencio, la mujer se pone a barrer y él se sienta:

—Esto que le doy se llama polienta. Es vino nuevo. Vino del año. Yo nací en Ciudad Rodrigo y me vine a Las Hurdes. Mala vida porque la tierra no es buena. He vivido de jornales. Mi oficio ha sido «aserraó» de madera, después caminero y de treinta y cinco años acá, jubilado. De los duendes ya no se cuenta nada, pero antes sí. Alrededor de la iglesia hay un prado y allí antes se enterraba a la gente y yo tenía una mula y me llevaba bien con el cura. Por las noches cogía mi mula, la sacaba del corral y la ataba allí a que comiera hierba. Y una vez tronó una tormenta tan fuerte que yo ya estaba en la cama y dice la mujer: «La mula esta noche se te marcha, sale corriendo». Fui a buscarla y yo que llego a sujetar a la mula escucho dentro de la iglesia escucho un ruido «iuuuuhhh!», y dije: «La iglesia se cae». Y salí corriendo. Pero son cosas más bien de la imaginación y del miedo que tiene uno. Tanto miedo tenía yo como la mula, yo más porque ella no pensaba. Tantos años por los caminos encima de un mulo dan para mucho.

González insiste en que «Las Hurdes tienen algo que no tienen otras tierras: la propia tierra es la tierra que ellos han creado. Por lo tanto la quieren, la aman, porque dentro de su pobreza tienen algo que no existe en otras tierras. Sólo en Las Hurdes se tiene ese cariño al origen, a la tierra, que es la base de su sacrificio. Las Hurdes necesitan apoyo, calor, ayuda para salir del subdesarrollo, aunque ahora no tengan comparación con lo que eran hace treinta años. Calor para que se comprendan sus

problemas, que son muchísimos; ayuda para quitarlas del estado en que se encuentran, y mirada limpia para desvelar las cosas que ellas mismas no son capaces de desvelar porque se encuentran impotentes para salir del bache. Si se aferran tanto a la tierra es porque su tierra es como creada, inventada para construir un humilde huerto.

Manuel, de noventa años, habla del volcán como si hubiera entrado en erupción ayer tarde, y de la cueva con letras insculpidas a las que se refería Eusebio: «Está pasando el cortafuego de Arroyoseco». Mientras Pedro, el tamborilero, desgrana su alborada de bodas, Manuel cuenta lo de la peste de los nogales y lo de la fiesta de la «calbochera», en la que se asan castañas. Y el que va a Las Hurdes ni abre el pico. Deja la palabra propia para otra vez. Si se para a contemplar los caseríos de pizarra, como el de Fragosa, en techo, paredes y suelos; escultura levantada en arañazos en la montaña. Alguien cuenta que una vez quisieron declarar Asegur y La Huetre conjunto histórico-artístico, y se habló de su «valor arquitectónico, arqueológico, antropológico». Dada su importancia resultaba «inadmisible su falta de protección», temiéndose, ante los graves atentados que se han cometido contra su integridad, su destrucción en pocos años.

Lejos de los fastos puntuales, de los años emblemáticos, de los puentes tendidos ¿hacia dónde?, de las alharacas políticas, de los suntuosos escaparates, lejos del querer y del poder, lejos de los ilusorios centros del universo, de las macro estadísticas, de la inmortalidad, lejos de casi todo, sin apenas provocar ruido, el que va a Las Hurdes, final del camino, vuelve sobre la tierra deshecha de sus pasos con la sensación de haber tenido un reencuentro necesario, inaplazable, con el ser humano, que no es poco.